

Roque, David y las ortodoxias

Roque Dalton García (San Salvador, El Salvador, 1935-1975) y David Escobar Galindo (Santa Ana, El Salvador, 1943) han sido los dos poetas menos tolerados por los ortodoxias salvadoreñas. A Roque lo eliminaron físicamente algunos elementos de la ortodoxia radical militarista. A David han querido eliminarlo literariamente algunos elementos de la ortodoxia radical poeticista. En los años actuales, la vida y la obra de ambos poetas permanece siempre en confrontación con otros estilos de ortodoxias, de diversos ámbitos y de signos diferentes.

Al margen de las intensas cargas de subjetividad congregadas a favor o en contra de Roque y de David, un primer examen de ellos arroja evidencias importantes.

En primer lugar, los dos poetas representan "estilos" diferentes, es decir, modos distintos de estar, de interpretar y de expresar la realidad. Desde allí, se erigen en *modelos* frente a los cuales se generan reacciones de identificación o rechazo. Al ser eso, *modelos*, potencian ostensiblemente la poética salvadoreña: la mejor poesía contestataria de las últimas décadas se ha escrito buscando seguir el estilo de Roque, o buscando negar el estilo de David; y la mejor poesía conciliatoria del período, también se ha escrito buscando seguir el estilo de David, o negar el de Roque. En ambos casos, los dos han actuado como fuentes potenciadoras para el trabajo literario de otros poetas que, consciente o inconscientemente, los han emulado, o negado.

El fenómeno es patente. Por su virtud, la poética salvadoreña ha dado importantes avances cualitativos durante los últimos veinte años, cuando muchos poetas han buscado ponerse a la altura e ir más allá de los modelos. Ha producido, también, peligrosos anquilosamientos, cuando algunos discípulos, confesos o inconfesos, han convertido sus propias obras en imitaciones esquemáticas, sin asumir la responsabilidad de encontrar "la propia voz", más allá de los alerones de ambos maestros.

En segundo lugar, Roque y David representan uno de los casos más evidentes de estricta coherencia entre el pensamiento y la acción. Las poéticas de Roque y de David partes de dos *metafísicas de realidad*, diferentes. Aquí, metafísica no se entiende como idealismo. Se entiende como interpretación de lo real en cuyo interior están despejados los problemas de la jerarquía organizativa de la realidad, del nivel de realidad más importante, y de la acción humana necesaria frente a tal realidad. Esta interpretación permea y matiza intensamente toda la obra de quien la sostiene. Tal ocurre con Roque y David: a partir de sus respectivas metafísicas —que los juicios externos pueden catalogar como acertadas o equivocadas— los dos poetas organizan su palabra y esta palabra orienta sus acciones hasta las consecuencias últimas.

Sólo así se explica por qué ambas inteligencias —Roque y David son hombres inteligentes, y más inteligentes por cuanto inteligen más realidad— han debido enfrentarse siempre con las posturas intelectuales ortodoxas —fijación e inmovilismo ex-

tremos del pensamiento y de la acción en el abordaje de la cambiante realidad— de quienes han estado cerca de ellos, o de quienes, periféricamente, han recibido los contenidos de sus metafísicas.

En esta confrontación, tanto el “conservadurismo o conservador” como el “conservadurismo transformador” —algunos prefieren hablar de conservadurismo de derechas o de izquierdas— se han visto sobrepasados por Roque y David cuyo mejor rasgo es haber estado atentos a la realidad de lo real y a su movimiento cambiante, más allá de las lecturas previamente determinadas.

En tercer lugar, Roque y David son dos poetas cuya *magnitud literaria* se mide por su trabajo con el idioma. La magnitud de Roque deviene de su esfuerzo por renovar el lenguaje y por introducir las formas antiacadémicas en la poética salvadoreña. La magnitud de David, de su esfuerzo por preservar el lenguaje tradicional de la poesía tradicional en el sentido sano y exacto y las formas académicas en la poética nacional.

Los dos vinieron a la vida dotados de una intensa capacidad de trabajo y de producción. Habría sido estimulante, para la cultura nacional y latinoamericana, haber presenciado el encuentro

de la madurez intelectual entre estos dos autores cuyas obras, quizás las más exportadas hasta ahora, se hubieran potenciado mutuamente a lo largo de estos años.

No debe olvidarse que en 1969, cuando durante una entrevista Mario Benedetti le preguntó a Roque: “¿De cuál de los nuevos poetas salvadoreños te sientes más cerca?”, Roque destacó a Manlio Argueta, habló de Alfonso Quijada, de Roberto Armijo, y agregó: “También un poeta católico, David Escobar Galindo, muy joven también, pero con grandes posibilidades de desarrollo” (ver *Roque Dalton*, Casa de las Américas, Cuba, 1986, pág. 62). La altura y civilización que hubiera podido tener el encuentro entre ambas inteligencias literarias, era ya previsible. De haberse dado, la literatura salvadoreña hubiera experimentado una potenciación importante —cualquier manifestación de la cultura humana ha crecido siempre por el eterno y profundo mecanismo de la dialéctica de lo real— y hubiera crecido más al alzarse la oposición de metafísicas contrarias por encima del tradicional encontronazo de adjetivos y adverbios satanizantes, tan de suyo característicos en las confrontaciones intelectuales del municipio.

F.A.E.